

EL MARQUÉS DE MONTEALEGRE DE AULESTIA. BIOGRAFÍA ESPAÑOLA DE UN NACIONALISTA PERUANO¹

THE MARQUIS OF MONTEALEGRE DE AULESTIA. SPANISH BIOGRAPHY OF A PERUVIAN NATIONALIST

*Victor Samuel Rivera**

RESUMEN

El presente texto es un intento por presentar el pensamiento del filósofo político más significativo del primer tercio del siglo XX peruano. José de la Riva-Agüero y Osma, Marqués de Montealegre de Aulestia (1885-1944) es famoso en la historia del pensamiento peruano por haber liderado la así llamada “Generación del 900”, pero más aún por sus discursos políticos y sus teorías sobre la historia y la literatura, orientadas al nacionalismo. Montealegre va a ser recuperado aquí desde el punto de

ABSTRACT

This essay is an attempt to present the thought of the most prominent Peruvian political philosopher from the early Twentieth Century. José de la Riva-Agüero y Osma, Marquis de Montealegre de Aulestia (1885-1944), is well-known in the history of Peruvian thought because of his leading role in the so-called “Generation of 900.” But he is even more recognized because of his political speeches and his theories of history and literature with a nationalist view. In this essay, Montealegre will be approached

¹ Este trabajo fue financiado por la Fundación Carolina a través de su programa de Formación Permanente 2007-2008.

* Magíster en Historia de la filosofía por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y doctorando en Filosofía por la misma Universidad. Actualmente se desempeña como profesor en la Escuela de Filosofía de la Universidad Nacional Federico Villarreal (Lima). Dirección electrónica: emperadorreinante@hotmail.com

Artículo recibido el día 15 de agosto de 2009 y aprobado por el Comité Editorial el día 02 de noviembre de 2009.

vista de sus contactos sociales españoles. Ésta es una clave para interpretar la dimensión de fondo, uno de los presupuestos hermenéuticos más básicos de su tesis principal en política: el nacionalismo tradicionalista. En lugar de la crítica de fuentes, se va a intentar dar un marco a las ideas del pensador sobre la base de sus relaciones biográficas, en particular las entabladas con la intelectualidad y la nobleza españolas, un trabajo que ha sido posible a través de su correspondencia. La clave biográfica de los contactos españoles mostrará claramente su influjo en el orden de las ideas.

PALABRAS CLAVE

Marqués de Montealegre de Aulestia, José de la Riva-Agüero y Osma, monarquismo, maurrasianismo, nacionalismo, carlismo, tradicionalismo.

through his contacts in Spain. This is a key for interpreting one of the most basic hermeneutical presuppositions of his main political thesis: the traditionalist nationalism. Rather than criticizing texts, the essay tries to give a framework in which to make sense of Montealegres ideas. This is why it takes into account his biographical relations, mainly those he had with Spanish intellectuals and nobility. This approach is possible thanks to his correspondence. The biography of his Spanish contacts will show the influence they had in Montealegres thought.

KEY WORDS

Marquis de Montealegre de Aulestia, José de la Riva-Agüero y Osma, monarchism, maurrasianism, nationalism, carlism, traditionalism.

Recordando a Montealegre

Un 25 de octubre de 1944 moría en Lima el IV marqués de Montealegre de Aulestia, título de Castilla. Dejaba el mundo con un rosario en la mano, seguro de que el *Apocalipsis* de San Juan era el más atractivo y confiable de los periódicos de noticias. Moría abandonado o perdido de sus mejores amigos, en el apagarse del mundo europeo, mientras las tropas soviéticas y liberales avanzaban exitosas a la ocupación de Europa. Roma, la ciudad de los Papas y los mártires, en vaivén entre los nazis paganos de Alemania y los insensibles tambores de las tropas liberales. El destino del mundo

ante el abismo. Sus nervios no podían tolerarlo y serían ellos quienes lo acabarían. Lima entera lloraría entonces la muerte de su último hombre. Con el IV Marqués de Montealegre de Aulestia se iba el hombre de la monarquía española, el hombre emblemático de la mestiza Ciudad de los Reyes, su nobleza opulenta y sus corridas de toros, el hombre del Perú como orgullo imperial, el hombre de ese gran Perú que iba desde Quito hasta Chile, un Perú de Incas emperadores, un Perú que se había soldado en su destino con Constantino y Carlomagno. Y Montealegre: era nada menos que el pensador de la nacionalidad peruana del siglo XX. El marqués había encontrado el sentido de la nación peruana en su visión como imperio. Para Montealegre, el origen del Perú se dio cuando la monarquía de las Incas se hubo incorporado, alguna vez en el pasado, a la Cristiandad europea, en el momento en que el español conquistador se unió de sangre y religión con la princesa imperial incaica, en los tiempos del trono benevolente de los Austria. En 1944 era el momento de la muerte del marqués, pero también el ocultamiento de todos los pasados que la guerra mundial estaba por olvidar, uno de ellos, el del Imperio Peruano. El *Apocalipsis* era la noticia del día. Pero, ¿quién era este noble que se iba hacia el final de todos los tiempos?

El Marqués de Montealegre, José de la Riva-Agüero y Osma (1885-1944), no era sólo un título de Castilla. Fundamentalmente historiador y crítico literario, Riva-Agüero había sido uno de los pensadores más importantes de la primera mitad del siglo XX peruano. Introdujo la idea de la identidad política de cara a la historia. Como tal fue alcalde de Lima en 1931, y luego ministro de Estado y gran figura política. Una figura singular, demasiado singular: era el Conde Joseph de Maistre del Perú. Único en su género, con su agenda intelectual y activista política, es la figura del monarquismo y el tradicionalismo laico en América del Sur. Una revisión del pensamiento histórico y social del siglo XX permite considerar la obra y acción de Montealegre como el pivote de varios de los temas centrales del Perú de su siglo. En particular, debe destacarse el problema de la identidad nacional y lo nacional en general. Pues bien, el núcleo de la concepción política de

nuestro marqués estaba atravesado por el rol conceptual de lo hispánico y, debemos agregar incluso, de lo *español*. Pero hoy lo hispánico no es más parte del horizonte de los lenguajes sociales de la identidad nacional latinoamericana. La actualidad de nuestros países como el resto del Orbe occidental- obedece a un lenguaje político devenido *koiné*, un lenguaje que, siguiendo a Ignacio Ramonet, llamamos desde la década de 1990 “pensamiento único”. El lenguaje de las instituciones políticas y económicas del mundo liberal “global”. Desde esta *koiné*, Montealegre, el pensador del nacionalismo peruano pasa por un liberal. Pero Riva-Agüero se consideró a sí mismo siempre como un español peruano, y nunca sólo como un peruano. Es desde allí que pensó y actuó la política de la nacionalidad. Éste es el punto de partida del interés para este trabajo, una biografía político-social de este Montealegre en tanto que pensador *peruano* desde lo *español*.

La conciencia historiográfica peruana no suele encontrar vínculo alguno relevante entre la agenda nacionalista con España, y menos aún con las líneas centrales del pensamiento social y la práctica política españoles que en efecto revelaría la biografía europea más superficial del marqués. En la escasa reflexión impresa disponible hay vigente, por el contrario, una extraña leyenda, basada en el desconocimiento de su obra a la luz de su vida europea. De acuerdo con esta leyenda Montealegre habría sido un liberal toda su vida aunque (alrededor de 1930) habría devenido en un reaccionario religioso (cf. de la Puente 1954; Pacheco 1960). Éste es el Montealegre de las enciclopedias históricas: un *liberal* al que alguna vez- se le abrieron las puertas del Cielo (cf. Planas 1994). Pero el marqués de la realidad apenas si fue un liberal institucional en su juventud, cuando era casi un niño. La investigación histórica muestra que el Riva-Agüero real, el mismo del problema de la nacionalidad peruana del siglo XX fue, en realidad y desde muy joven- lo que los franceses llaman un *royaliste*. Fue un monárquico positivista cercano ideológicamente al tradicionalista francés de Charles Maurras (1856-1948; cf. Giocanti 2006). Como pensador, su significado historial requiere de un esfuerzo de recuperación del pasado que permita enmarcarlo en su contexto conceptual: la Europa de la revolución conservadora a la que

Maurras pertenecía (cf. Compagnon 2005). Sin embargo, nada de eso retiene la memoria histórica y social peruana, apagada en el lenguaje *koiné* del olvido de los pasados “incorrectos”. A esto hemos de intentar remediar sobre la base documental de los índices de su correspondencia impresa por el Instituto-Riva-Agüero de Lima, como parte complementaria de sus *Obras Completas*, cuya impresión se inició a inicios de la década de 1960 y prosigue aún en la actualidad².

La Generación del 900 y España

Es común situar al conjunto que hacen Montealegre en un grupo cultural generacional peruano que la historiografía peruana conoce como “la Generación del 900”. Esto en analogía a su correspondiente en la historia de las ideas políticas y sociales de España, la Generación del 98 (cf. López 1987). La del 900, como la del 98, estaba conformada por intelectuales que pensaron su país desde una derrota militar, en el caso peruano en la Guerra del Pacífico (1879-1882) (cf. Palacios 1984-1985). El grupo tenía por estrellas a Ventura García Calderón (1886-1959) y su hermano Francisco (1883-1951), crítico literario el uno y sociólogo notable el segundo, ambos notables escritores. A estos hermanos, que desde 1906 se establecieron en París, hay que sumar a Víctor Andrés Belaunde (1883-1966), el sociólogo, filósofo y diplomático católico más relevante del siglo XX peruano. Estaban los del 900 inspirados por el ideólogo liberal uruguayo José Enrique Rodó (1871-1917), en particular por su obra *Ariel* (1900), por lo que se llama a este grupo generacional a veces “arielista”. Es en esta Generación y con esta impronta que se plantea el problema de lo nacional y la identidad peruana (cf. Basadre 2004), un tópico que atraviesa la historia social e intelectual del Perú del siglo XX (Giusti 1991). El proceso fue adverso a las

² Citaremos en adelante esa edición como canónica, con las siglas del Instituto Riva-Agüero por delante (IRA), seguida del número del tomo en romanos y luego la páginas o páginas en arábigos.

ideas de Riva-Agüero. Mientras éste buscaba una agenda nacionalista con base a la integración de lo hispánico, la historia del nacionalismo peruano del siglo XX significó la inversión hermenéutica de lo español, esto es, un desplazamiento, eliminación y luego incluso, una criminalización de lo hispánico como componente de la identidad política nacional. Sin duda, esto tuvo como estrategia política la deliberada perversión del sentido de lo español en el pensamiento, la acción y la obra del propio Riva-Agüero. Creemos que una mirada a su vida española puede esclarecer muchas cosas.

Vamos a aproximarnos a la biografía político-social del Marqués de Montealegre a partir de una narrativa de sus viajes europeos. La narrativa olvidada de Montealegre. Vamos a poner énfasis en sus estancias en España, cada una de las cuales va acompañada de un conjunto social de vínculos de diverso tipo, que precisaremos de acuerdo con el itinerario y las actividades de éstas. Vamos a prescindir, deliberadamente, del resto de los aspectos de su biografía que no son relevantes para nuestro propósito. Abreviadamente, podemos hablar de cuatro estancias españolas. La primera se sitúa hacia 1913-1914. Viajó entonces allí con su madre viuda, que fue al encuentro de amistades y parientes nobles que habían ido emigrando desde fines del siglo XIX a la capital de la antigua Monarquía católica. Con certeza, sin embargo, el interés de Riva-Agüero en esas fechas estaba más inclinado hacia París, ciudad donde vivían entonces sus íntimos amigos los hermanos García Calderón. Luego tenemos una segunda estancia larga en España, entre 1919-1920. Montealegre, entonces catedrático de Historia crítica del Perú en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, abandona Lima como consecuencia de un golpe de Estado. Se instaura en 1919 un régimen popular, cuyo líder era Augusto B. Leguía. Éste lo había encarcelado una vez en 1911 y bueno es anotarlo- no había cambiado gran cosa desde entonces. Riva-Agüero temía con justificado motivo una persecución contra la Generación del 900 y su círculo intelectual y social, por lo que decidió unirse a la corriente de emigrados peruanos amigos de su madre. La permanencia en España fracasó, por lo que la estancia se prolongó bastante

poco y la familia pasó luego a Francia e Italia. Aunque puede citarse después varias estancias breves, podemos abreviar en dos más, una entre 1929 y 1930, de tipo académico, y otra prolongada entre 1938 y 1940, un viaje estrictamente político. Ahora bien. Hay un hilo conductor que es fundamental y atraviesa estos cuatro episodios: el desarrollo de las relaciones con el tradicionalismo y el carlismo españoles, de tal manera que las estancias constituyen una narrativa político-biográfica en que se articula la herencia filosófica y conceptual del personaje con la red humana derivada de las relaciones españolas de su familia. El cruce de ambos factores es la base de toda hermenéutica de sus ideas sobre la identidad nacional peruana y de lo español dentro de ella.

La estancia española de 1913-1914

La primera estancia española, en apariencia, fue una suerte de premio familiar. Riva-Agüero para entonces era el fundador de los estudios literarios republicanos del Perú, el creador de la historiografía peruana, así como su primer filósofo político, un trabajo que iba desde 1902 hasta 1913. Riva-Agüero quería ir a París, para encontrarse allí con sus amigos García Calderón; su madre a Madrid, a ver a sus parientes; arreglarían una *tour* conjunta para ambas demandas. Montealegre venía de haber llevado una rápida y estresante carrera académica. Es una ocasión para repasarla, pues de ella surgieron también las obras decisivas de este pensador en la realidad peruana del siglo. Había ingresado a la universidad en 1902, en que aparece como ensayista nietzscheano. Ya para 1905, con apenas 19 años, había publicado uno de sus libros más importantes, *Carácter de la literatura del Perú independiente*. El texto era una monumental tesis de psicología social e historia literaria basada en la famosa obra de Hyppolite Taine, *Historia de la literatura inglesa* y estaba orientado a dar una posición nacionalista: trataba del carácter nacional del pueblo peruano y la pertinencia de sus instituciones políticas. Al lector avieso de la obra de 1905 no se le escapa una singular impronta monarquista, velada por un descomunal volumen.

Para 1910, y en la misma línea, se imprimió *La Historia en el Perú*. Se trataba esta vez del primer tratado de historiografía republicana peruana, una obra que habría de ser célebre. Las de 1905 y 1910 claramente eran obras nacionalistas, con un programa de identificación de lo nacional en el mestizaje. Fundamentalmente, dos monumentos a la paciencia y al trabajo de un humanista, que había logrado con sus obras los grados de Bachiller y Doctor en Letras, respectivamente. La agenda nacionalista de las obras anteriores se complementa con la filosofía política. Para 1912 aparece el ensayo de filosofía política *Concepto del Derecho*, precedido por su *Fundamentación de los interdictos posesorios*, de 1911, ambos singulares reflexiones sobre el fundamento del régimen político. Los dos últimos textos lo habilitaron como abogado y doctor en Jurisprudencia. Este inmenso trabajo de una década, que por sí mismo le aseguraba la posteridad en el Perú, ameritaba un viaje a Europa. Al viaje de Montealegre y su madre en 1913 se sumó su tía Rosa Julia de Osma, futura Marquesa de Casa-Dávila.

Volvamos a 1913-1914. Los Riva-Agüero salían del Callao. Es lógico que quien impusiera el itinerario español fuera no la academia sino, por lo demás, su madre, Dolores de Osma. Sabemos que el interés de Riva-Agüero estaba entusiasmado con París, la ciudad de sus amigos y de los intelectuales cuyas lecturas frecuentaba. Las fechas no ayudarían mucho a Francia, sin embargo. La Primera Guerra Mundial estaba por comenzar y Montealegre, tanto en su tesis de 1905 como en la de 1910 se había mostrado explícitamente favorable al sistema imperial nacionalista de Alemania, esto es, al enemigo de Francia. De allí su alejamiento posterior de Francia y lo francés (cf. Rivera 2008).

Para el viaje de 1913-1914 debemos dividir los contactos y relaciones españolas en sociales y políticas, de un lado, y académicas, de otro. Comencemos con los contactos sociales, pues sabemos que adquirió para esa fecha ya algunos que resultarían decisivos en su historia como agente político. Destacan notablemente el Marqués de Cerralbo, famoso líder del partido carlista, el Conde de Rodezno y la Condesa de Doña Marina, que

sería posteriormente la mejor amiga de Doña Mercedes de Osma. Doña Marina significaría un lazo estrecho con el tradicionalismo español, pues el Conde consorte de Doña Marina era parte comprometida de este movimiento. Frecuentó en igual ambiente a los Condes de Casa Valencia, que eran sus parientes por parte de Osma, así como al peruano Conde de Guaqui, un emigrado que moriría en España. Personajes como los Casa Valencia o el Conde de Guaqui tenían vínculos propios con el tradicionalismo español. Estos mismos contactos serían, a su vez, para 1919-1921, los puntos de partida para el grueso de todos los demás, lo que es particularmente cierto respecto del trato con la nobleza española y, por cierto, también para el circuito político e intelectual que ésta significaba

El contacto con Cerralbo de 1913 habría el entorno del tradicionalismo y el carlismo, y aunque el futuro Marqués de Montealegre no estaba muy interesado para esa fecha en los círculos políticos de Madrid, no estaba tampoco a disgusto con éste, como ya sabemos por su libro de 1905. En su tesis de 1910, *La Historia en el Perú*, ratificaba a este respecto el velado tópico monarquista del libro de 1905, que en el Perú del 900 resultaba francamente escandaloso. En gran medida, el monarquismo arrastraba un motivo familiar, que era reivindicar la memoria de su homónimo tatarabuelo, Presidente del Perú en 1822. El II Marqués de Montealegre, el ex Presidente, había apostatado finalmente de la República. Por otro lado, para la fecha del viaje este monarquismo familiar de 1905 se había acentuado por la lectura desde 1907 del francés Charles Maurras (1856-1948), un tradicionalista positivista entonces en boga, fundador de un movimiento antimoderno muy poderoso en la Europa de inicios del siglo XX: *l'Action Française*. Por lo demás, en el ambiente español anterior a la Primera Guerra Mundial el legitimismo monárquico y el tradicionalismo eran ideas socialmente muy poderosas.

La cercanía del Riva-Agüero de 1913 por Cerralbo y su círculo no se justificaba sólo por la lectura de Maurras y lo francés. Había en realidad antecedentes académicos españoles para esta cercanía, antecedentes que

se conocen bastante poco. Uno de ellos es el famoso reaccionario Juan Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas (cf. García Calderón 1949, 9). Riva-Agüero había leído desde su adolescencia textos del Marqués de Valdegamas reaccionario, cuyo *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo* admiraba en secreto en la Lima liberal. En la intimidad de su gabinete, el joven peruano debía soportar la incompreensión de quienes tomaban sus ideas (sus ideas donosianas) como propias de países “atrasados”, esto es, esa tierra “de frailes y toreros”, como le había escrito alguna vez el filósofo peruano Alejandro Deustua, en calidad de reproche (IRA XV 191). La lectura de Menéndez y Pelayo no habría influido poco. Basta considerar que Menéndez era él mismo también tradicionalista, del mismo bando de Cerralbo y Rodezno. La hospitalaria casa de Cerralbo le permitía despejar sus ideas con el círculo madrileño del Conde que era, además, el espacio social de los parientes y amigos nobles de la madre de Montealegre, los Guaqui, Doña Marina y Casa Valencia. De ese entorno procede su contacto con el Conde de Cerrajería, un reaccionario contemporáneo suyo y su futuro compañero ideológico (cf. IRA XIV 484-485). Anotemos que Maurras y Donoso son una clave poco socorrida de acercamiento al tradicionalismo español que en 1913 le ofrecía el Palacio de Cerralbo. Encontramos que el grupo de españoles nobles del grupo de Cerralbo, para la década de 1920, sería colaborador de la dictadura de Primo de Rivera. No deberá sorprender que Montealegre se acercara más a ellos. Tenía razones filosóficas (Maurras, Donoso Cortés) y, por supuesto, tenía también razones sociales. Pasemos a los contactos académicos de Montealegre hacia 1913. Se trata casi virtualmente de la historia de Montealegre y dos de sus más famosos corresponsales españoles: Miguel de Unamuno y Marcelino Menéndez y Pelayo.

Unamuno y Menéndez y Pelayo

Los contactos académicos databan de su actividad universitaria, como estudiante y como tesista y arrojan un curioso diagnóstico sobre la evolución

del pensamiento del marqués. Los más notables de estos contactos para 1913 eran Rafael Altamira, Miguel de Unamuno (1864-1936) o Marcelino Menéndez y Pelayo (1854-1912). Los dos últimos, en particular, interesan porque habían sido además lectores y comentaristas de sus obras de 1905 y 1910, las obras monárquicas que tanto gustaban a los amigos nobles tradicionalistas. Es interesante notar que Riva-Agüero tuvo acceso tanto a Unamuno como a Menéndez Pelayo por la mediación del escritor peruano Ricardo Palma (1833-1919). Hay que saber que Palma era entonces director de la Biblioteca Nacional del Perú pero, más aún, sin duda, una personalidad a nivel del mundo de las letras hispánicas (cf. Kapsoli 2002). La cercanía hacia estos dos últimos muestra, en particular, un dilema de su opción española futura: ¿habría de confirmarse liberal (como Unamuno) o tradicionalista (como Menéndez Pelayo)? Volvamos a su contacto para ambos: Palma.

Aunque se haya perdido hoy en mucho la memoria del significado social de esto, Palma era en 1913 un patricio de las letras peruanas, ya en la plenitud. El bibliotecario, autor de las *Tradiciones Peruanas* (1897), había establecido personalmente el contacto en España tanto con Unamuno como con Menéndez Pelayo. Esto ocurrió a través de la Real Academia Española de la Lengua, a cuya sede acudió en el último lustro del XIX (cf. Palma 1903). Amigo de la familia de Riva-Agüero y conocedor del talento del joven aristócrata, lo pondría en relación con estos personajes a propósito de su *Carácter de la literatura* de 1905 (IRA XX 347). Como sea, en 1913 estos contactos no podían ser tan intensos, por diversos motivos. Menéndez Pelayo había muerto justamente el año anterior al viaje y con Unamuno había precedido un distanciamiento personal. De hecho, en 1913 había intentado que Unamuno no supiera de su presencia en Europa, por razones que veremos más adelante y, en realidad, no deseaba verlo. Finalmente, lo llegó a visitar a Salamanca en abril de 1914, cuando Unamuno descubrió que Riva-Agüero estaba en Europa (y no lo había saludado aún). Por lo demás, la obra de Riva-Agüero, en particular la obra de *Historia* de 1910 por sus ribetes monárquicos- era conocida en la España que visitó, lo que le valió su

incorporación a la Real Academia de Historia. Es probable que conociera de esta época al Padre Julio Cejador y Frauca, un crítico e historiador literario de cierto renombre (cf. IRA XVI 444-449). En cualquier caso, y a pesar del balance que hemos hecho, que es más bien frustrante, ningún otro peruano del siglo XX tendría el grado de compromiso de Montealegre con la realidad académica española. Es bueno recordar que Montealegre llegaría a ser miembro también de la Real Academia de la Lengua y de varias otras sociedades académicas hispanas.

Volvamos a Unamuno. Éste liberal era un gran contacto, no sólo académico, sino político, que en la Lima del 900 le resultaba bastante provechoso. Pero con Unamuno como ya dijimos- medió un disgusto previo al viaje. La correspondencia de Riva-Agüero a Unamuno se conserva en el Archivo de la Biblioteca de la Universidad de Salamanca mientras su recíproca fue publicada en 1991 por el Instituto Riva-Agüero de Lima, así que la secuencia puede ser seguida sin dificultades. El lector avieso nota que el intercambio epistolar entre los dos personajes, que se inicia por el libro de 1905, se interrumpe sin remedio hacia 1911, esto es, antes de la primera estancia. Al principio, una entusiasta intimidad, pero ésta iría cediendo lugar ante un cierto aire seco, cada vez más marcado. Y es que si Menéndez y Unamuno eran sus contactos, desde el punto de vista desde una perspectiva, sólo uno podía ser su maestro. ¿Habría de elegir al liberal o al tradicionalista? Un buen día Unamuno sugirió que Menéndez Pelayo no era sincero en sus ideas religiosas. Es muy probable que Unamuno no hubiera sabido a tiempo que Riva-Agüero cursaba correspondencia simultáneamente con el otro español y que admiraba singularmente la *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-1892), una historia social de España desde el punto de vista tradicionalista. Unamuno ignoraba además que Riva-Agüero apreciaba la religiosidad de Menéndez. Ambos recibían trato epistolar de “maestro”, pero es evidente que el tradicionalismo de Menéndez le resultaba a Riva-Agüero más atractivo que el liberalismo de Unamuno. Una sugerencia desafortunada, pues, inclinaría la balanza por el tradicionalista.

Montealegre remitió sus obras de 1905 y 1910 tanto a Unamuno como a Menéndez Pelayo. La misma obra de 1905, *Carácter de la Literatura*, acercaría con mucha entraña a Riva-Agüero con el salmantino, al extremo de que éste último comentaría y reseñaría el libro en España; Menéndez, en cambio, la consideró inmadura (IRA XIX 356). Pero Riva-Agüero, como sea, interesado en la historia política, admiraba más a Menéndez Pelayo y al parecer las frases desatinadas de Unamuno en su contra no tuvieron remedio. La correspondencia con Menéndez Pelayo es disponible desde 1958 (cf. Pacheco 1958), aunque hoy está reimpressa en las *Obras Completas* del IRA. En una *Carta del 24 de septiembre de 1905* escribe Riva-Agüero a Menéndez, entre otros halagos, que lo reconoce como su “maestro predilecto” y “principal educador de mi espíritu”, ya sabemos en contraste con quién (cf. IRA XIX 352). En *Carta del 22 de enero de 1911* le ratifica que “usted ha influido con sus libros profunda y decisivamente en mis ideas” (IRA XIX 354). En realidad sólo es posible comprender cuánto admiraba nuestro marqués al autor de *Historia de los heterodoxos españoles* cuando uno descubre que buena parte del motivo de la segunda estancia de Montealegre en España fue, precisamente, incorporarse a la Sociedad Menéndez y Pelayo, fundada en 1919. En realidad, allí estaba el destino de sus demás vínculos, aparte, claro está, de los heredados de su madre.

La estancia española de 1919-1921

La estancia española en el Madrid de 1913, más bien breve, fue seguida rápidamente por la permanencia en París, un viaje por Italia y su paso ligero por Sevilla, a un congreso histórico de ese año. La Primera Gran Guerra haría salir rápidamente a Riva-Agüero de París en septiembre de 1914. Riva-Agüero, madre y tía regresarían a América. Por lo demás, como hemos anotado, antes Maurras y Montealegre se habrían disgustado en función del conflicto entre Francia y el Imperio Alemán, lo que explica que no progresaran mucho (nada) los contactos con Francia después. Esto posiblemente influyó en que se abriera más la ya amplia puerta española.

Riva-Agüero leería aún en los años sucesivos a autores franceses y se interesaría por su filosofía, aunque pronto las ideas españolas serían las predominantes. Sería el triunfo del pensamiento histórico sobre el filosófico. Hacia 1915 se haría lector de Henri Bergson y promovería, como sus amigos en París, a Émile Boutroux en filosofía, a Renan y a Taine en política e historia; leía también a Nietzsche como se lo solía hacer en 1914. Conservando con silencio sus simpatías por Charles Maurras, fundaba un partido político nacionalista. Parecía un autoritario, un elitista, un nietzscheano, pero, por su conocida afección y cercanía con Unamuno, aparecía también como un liberal. Pocos hubieran sospechado en la política peruana que Riva-Agüero conocía a los carlistas de Madrid, que eran la rama social del pensamiento español de Menéndez Pelayo. Tampoco sospechaban que, para 1912, Montealegre ya había perdido todo interés en Unamuno. En 1915 redactó Riva-Agüero la *Declaración de Principios* para su propio partido peruano, “Partido Nacional Democrático”, el partido de la Generación del 900. El marqués era allí más “nacionalista” que “democrático”.

Es interesante la gama de lecturas del Riva-Agüero de 1915. A la par de sus entretenimientos filosóficos y políticos franceses, Montealegre leía también historia erudita del Perú y genealogía hispano-española. La Universidad Nacional Mayor de San Marcos le encomendó para 1916 el *Elogio del Inca Garcilaso* (Riva-Agüero 1916), un texto bastante enjundioso de estudio histórico. Este interés, por lo demás, está presente desde su etapa estudiantil, sólo que ahora iba enlazado con la ideología de Maurras y el tradicionalismo positivista de éste. En ese contexto comenzó su deseo por recuperar los títulos nobiliarios de su familia. La llegada al poder del gobierno de Leguía en 1919 era el fracaso de su partido, pero fue respecto de su interés por la historia nacional y personal muy oportuna, pues permitió que Riva-Agüero llevar a cabo los trámites correspondientes directamente en España. Esta historia titularia dice por sí misma bastante del significado de lo español: venía junto con los estudios de historia, y no se consideraba mera historia, como en efecto no lo era. El interés académico pasaba entonces, poco a

poco, de los autores franceses a los españoles. Poco antes del golpe que llevó al poder a Leguía se había fundado la Sociedad de Menéndez y Pelayo, el tradicionalista. Viajar a Europa permitía también, ante el fracaso del esfuerzo por llevar a la práctica un nacionalismo peruano, rehacer una vida académica con los reaccionarios sucesores del bienamado “maestro predilecto”. Este plan iría a resultar bastante mal.

Nuestro futuro marqués emprende viaje a Madrid en el último trimestre de 1919; permanecería en España hasta el invierno de 1921, para pasar primero a París y luego a Roma. Como es notorio, la agenda viajera esta vez estaba determinada en parte por un interés tal vez de establecerse en España. Riva-Agüero, el lector de filósofos franceses, llegaba a España con intereses genealógicos a la ciudad de residencia de Marcelino Menéndez y Pelayo, Santander, con la idea de incorporarse a la sociedad que sus herederos habían fundado unos meses antes. Esto marca la introducción a una actitud política que, como vamos a observar después, iba ya camino de devenir en su tradicionalismo en clara y plenamente reaccionaria, en solidaridad con la historia política española de estos amigos y los de su madre. Quiso ganar su simpatía a la vez por su erudición histórica como por su prosapia, para lo que era necesario componer un texto apropiado, un texto más *español* que los voluminosos de 1905 y 1910, así que apenas llegar a España compuso un opúsculo de genealogía santanderina, al que complementó después con notas peruanas con el título de *El Perú histórico y artístico* (Riva-Agüero 1921). Su destinatario: los socios de Menéndez y Pelayo. Hay que saber que ya para 1915 se había fundado la Biblioteca de Menéndez Pelayo, que es hoy Universidad Internacional Menéndez Pelayo; la Biblioteca hacía publicaciones relativas al escritor y Riva-Agüero tenía tal vez la ilusión de establecerse allí (donde nadie lo conocía). En este contexto conoce para 1920 al mejor amigo de su vida, Miguel Lasso de la Vega y López de Tejada, Marqués del Saltillo, que para Montealegre era “pariente” de alguna manera del Inca Garcilaso, del mismo de 1916 (un Lasso de la Vega, al fin). En la imaginación de nuestro marqués, el Inca y Saltillo eran, al final, del entorno de sus primos. Fue

un feliz accidente la exacta contemporaneidad entre los marqueses. Vayamos un momento a Saltillo.

Saltillo era historiador erudito y crítico literario, miembro de la Sociedad de Menéndez y Pelayo. Conocía a Miguel Artigas, secretario de la Sociedad, e iba en camino de una larga carrera universitaria. El trato con Saltillo, por otra parte, parece haber ido haciéndose más fluido con el pasar del tiempo, en un inicio algo distante, una especie de presentación académica, tal vez por mediación de Cerralbo, a quien Riva-Agüero volvería a frecuentar en esta segunda estancia, en circuito con los Condes de Doña Marina y Casa Valencia. La Casa Valencia, que era limeña, tenía dos hijos contemporáneos de Riva-Agüero y que eran, con toda ley, sus “primos”; de un lado María Teresa Alcalá-Galiano de Osma, de otro su hermano Álvaro, Marqués de Castelbravo. Castelbravo, a quien, junto con su madre y hermana conoció con certeza en la estancia de 1913, tenía en su favor, como Lozoya y Saltillo, el ser historiador de profesión; Castelbravo y Montealegre intercambiarían pronto correspondencia en este sentido desde 1915, esto es, casi apenas llegar de Europa (*cf.* IRA XII 164-170). Alguna vez, más adelante, en una genealogía de Riva-Agüero impresa en 1935 el marqués hizo notar cómo los Casa Valencia, Castelbravo, y Doña Marina eran parientes de Montealegre (Riva-Agüero, 1935). Como hemos visto, Teresa y Álvaro Casa Valencia eran sus primos realmente. Al llegar a Madrid en 1919, los Casa Valencia, los Doña Marina y el Marqués de Cerralbo eran el circuito natural para desarrollar relaciones sociales para alguien que estaba en Europa en calidad de emigrado. Es del trato con ellos de donde partiría el núcleo de las demás relaciones españolas y las nuevas influencias en el pensamiento político de nuestro marqués hacia el futuro restante de su vida.

En casa de Cerralbo conocería en 1920 al Conde consorte de Doña Marina, José de Liñán. No es gratuito que fuera donde Cerralbo, pues los Doña Marina eran carlistas, cercanos entonces al aspirante legitimista al trono español el Príncipe Don Jaime, a quien es probable que Montealegre haya conocido personalmente. Es a través de ellos que accede Riva-Agüero a

otras figuras análogas del tradicionalismo; están allí, por ejemplo, el historiador Ángel González Palencia y el Conde de Cedillo, “erudito académico de la historia” (IRA XIX 949). Los tratos con Cerralbo nos remiten, por cierto, al encuentro con Juan Vázquez de Mella (1861-1928). Vázquez de Mella había sido un extraordinario polemista, parlamentario tradicionalista, virtualmente el pensador tradicionalista por antonomasia del entorno de la casa de Cerralbo, como anota el propio Montealegre (Tealdo 13). Riva-Agüero mantendría amistad con Vázquez de Mella hasta su muerte, en 1928. En el mismo entorno de Cerralbo Riva-Agüero conoció a otros tradicionalistas, fundamentales en la vida de Montealegre, como Juan de Contreras y López de Ayala, Marqués de Lozoya, que era como Saltillo su “pariente” y contemporáneo (pues nacido en 1893, Saltillo y Montealegre eran de 1885). Riva-Agüero le conservaría a Lozoya un inmenso aprecio la vida entera.

El contacto de Riva-Agüero con Vázquez de Mella, Saltillo y Lozoya es interesante porque indica por sí mismo la evolución ulterior de la ideología del grupo que llegaría a la década de la gran depresión de 1929, que es también la era de la contrarrevolución universal. Ambos marqueses, que sabemos ya frecuentaban el carlismo, estarían para 1931-1934 también en el entorno de los maurrasianos españoles. En 1931 se proclama la República Española, lo que desemboca en un amplio activismo de las diversas ramas del tradicionalismo monarquista. Encontraremos entonces tanto a Lozoya como a Saltillo en torno de las publicaciones y las pistas políticas de una institución peculiar: la Acción Española. ¿Qué es la Acción Española? Pues nada menos que la versión peninsular del movimiento de Maurras, que se llamaba *l'Action Française*. Adquirió Riva-Agüero en esta estancia algunos amigos de Santander que le serían peculiarmente queridos, en particular la familia González Camino, cuyos hermanos Francisco y Fernando eran relativamente sus contemporáneos. Se trataba de humanistas sin mucho lustre, pero amigos de Saltillo; el segundo, en particular, llegaría a destacar como militar en el gobierno nacional y sería héroe del asalto de Oviedo. Ambos le daban en su correspondencia el trato de “querido Pepe” (cf. IRA XVI 1129), un lujo reservado sólo a los muy cercanos. Más adelante los encontraremos en la contrarrevolución franquista.

El episodio Menéndez y Pelayo

Mucho debe el viaje a Santander el interés de Montealegre por la genealogía, singularmente por la propia. En realidad Riva-Agüero se había dedicado fuertemente a la genealogía en el lapso entre 1914 y su segundo viaje a Europa, en gran medida por sus investigaciones sobre el Inca Garcilaso de 1916. Al llegar a España preparó un artículo sobre su propia genealogía montañesa, que es la base de su *El Perú histórico y artístico de 1921*. En realidad, la parte dedicada a la genealogía fue compuesta para colocarla en el *Boletín de la Sociedad Menéndez Pelayo*. Era una manera de instalarse como académico, pues venía de ser catedrático en San Marcos de Lima. El intento de publicación en el *Boletín* constituye un episodio relegado u oscurecido por la historiografía y lo conocemos en realidad gracias a la indiscreta (y obsesiva) correspondencia con Mateo Escagedo Salmón, que se va de 1919, en que se conocen, con certeza no en Madrid, sino en Santander o San Sebastián, uno de los puntos preferidos de descanso de su madre y tía, a quienes rara vez dejaba solas. Escagedo es la fuente para conocer el tema.

Mateo Escagedo era un escritor santanderino poco notable. No era Unamuno ni menos Menéndez Pelayo. Se hacía sombra pues de personalidades de mayor eficacia social, entre quienes destaca Miguel Artigas, el amigo de Saltillo, quien fue al parecer también el primer e insuperable obstáculo para el sencillo propósito de Riva-Agüero. Es notorio que, pese a Saltillo y Escagedo, nuestro marqués fracasó; nunca publicó el artículo para la Sociedad. El orgulloso Riva-Agüero debió ofuscarse bastante por la postergación de su obra genealógica, que pasaba de un número al siguiente y el siguiente del *Boletín*. No era lo mismo tratar con la nobleza madrileña que con la academia santanderina. Escagedo lo mecía, por lo demás, ofreciéndole oficios con Artigas para los que era en realidad un inútil. Artigas se hacía el despistado y largaba a Escagedo, que fungía de no solicitado intermediario. Hay que entender que, aunque Montealegre era ya una personalidad reconocida para el mundo de las letras hispanoamericanas,

eso no le abría necesariamente el -en realidad bastante lejano- mundo montaños de Santander. La reacción de Montealegre no se haría esperar. En 1920, con la certeza de que no habría de publicarlo con el *Boletín* de la Sociedad, Riva-Agüero fusionó el artículo, muy pequeño para imprimirse como libro, con extractos de su tesis de 1905 y notas que había tomado en ocasión de un viaje por la Sierra peruana en 1912 y que no pensaba publicar. Logró, posiblemente a través de Artigas y Escagedo, que la impresión llevara el nombre de la Sociedad de Menéndez y Pelayo, aunque no como parte de la *Biblioteca*, como fue su intención al fracasar con el *Boletín*. No es difícil notar que haber tomado el nombre de la Sociedad para *El Perú histórico* fue un artilugio de la imprenta.

Algo incómodo con Santander, Riva-Agüero resolvió imprimir la obra en San Sebastián. Los ruegos y solicitudes de Escagedo lograrían que al final imprimiera el libro en Santander, a precio más alto, con la idea, además, de repartir los libros él mismo. Montealegre hizo imprimir el libro desde París en un tiraje de lujo para regalar, para regalárselo, sobre todo, a los mismos santanderinos que no habían querido publicar su artículo de genealogía montañesa, sus “parientes” que, al parecer, ni siquiera habían leído el texto. Para inicios de la década siguiente sobrarían aún ejemplares de esta edición, costosísima, que se quedaron en alguna buhardilla del ineficiente de Escagedo. Era evidente que el plan Santander había fracasado, por lo que Montealegre se fue de España para no volver (a residir). Riva-Agüero haría reimprimir la obra de 1921 diez años después, en 1931. Esta vez con un prólogo, nada menos que ide Miguel Artigas! En 1931 el secretario que no había querido leer el artículo de genealogía montañesa de 1920 era ya un descollante especialista en Menéndez Pelayo y perla de las letras hispánicas. Por supuesto, esta vez la edición se haría circular en un medio más feliz. En las manos del marqués, los ejemplares impresos serían carta de presentación para los círculos monarquistas, nobiliarios y militares, sobre todo durante el primer periodo de la República de Azaña que, como es manifiesto, tiene lugar el mismo año; esto significaba, por cierto, su adhesión a las opciones antirrepublicanas de Saltillo y Lozoya, entonces ya

sus mejores amigos. La segunda edición de *El Perú histórico y artístico*, a diferencia de la primera, se agotó, y hoy es libro raro y valioso.

Como veremos después, la publicación de 1931 sería un acto político para acercarse a la *Acción Española* y su red de contactos, entre ellos los marqueses Saltillo y Lozoya, sus entonces ya íntimos amigos, así como otros miembros de la nobleza, como los marqueses de Vallellano y el de las Marismas de Guadalquivir, con quienes Montealegre trataba ya desde esta segunda estancia con singular cercanía. Habría que indicar lo mismo de su homónimo, el reaccionario Alfredo Escobar y Ramírez, segundo Marqués de Valdeiglesias, que era amigo de Cedillo y Doña Marina, perteneciente a la generación anterior. Como sea, en 1921, ya en París, Riva-Agüero se salió con la suya. Con el impacto del libro impreso y repartido entre los socios, Riva-Agüero fue finalmente admitido como miembro de la Sociedad de Menéndez y Pelayo. Pagaría las cuotas de socio a veces con retraso-hasta su muerte.

En general en Santander pues, le fue bastante mal. Aparte del bueno de Escagedo (ya sabemos por qué se haría su amigo), entre los de la Sociedad sólo alcanzó trato aparte de Artigas, que lo ninguneaba, y este Escagedo, que era una persona irrelevante- con el escritor Carmelo de Echeopar (IRA XV 383). Es más interesante para nosotros el encuentro con Miguel Herrero-García, un maurrasiano radical a quien, para 1931, tendríamos en la Sociedad de Amigos de Menéndez Pelayo. Esta "Sociedad de Amigos", por cierto, era otra sociedad, una asociación política reaccionaria que serviría de articuladora de los intelectuales de la línea de Menéndez y Pelayo contra la República. Herrero-García fue líder de la rama más politizada de los herederos intelectuales del autor de *Los heterodoxos españoles*. Como ya podemos ir imaginando atando los cabos, Herrero resultó ser también amigo de los marqueses de Lozoya y Saltillo. Una década después, cuando se proclamó la República Española, Herrero-García habría de contarse entre los colaboradores más cercanos de la nobleza en sus trapacerías políticas, y Riva-Agüero habría de acompañarlos. Pero esto nos sugiere también que

es probable que éste se contactara con Riva-Agüero a partir de las amistades del círculo de Cerralbo, sin que podamos precisar la fecha, como parece ser el caso para los otros dos, esto es, que al final Herrero era una referencia madrileña. A quien sí parece haber conocido en su trato inicial santanderino fue al naturalista Orestes Cendrero Curiel. La historia natural no era uno de los fuertes de Riva-Agüero.

El gusto por la genealogía desarrollado a partir del Inca Garcilaso la razón de su acercamiento a Saltillo, su “primo” - tuvo un desarrollo práctico: regresar los títulos familiares a la *Guía de la Nobleza de España*. A las mujeres Riva-Agüero les correspondía un marquesado a cada una, y a su tía le tocaba adicionalmente el título de “Señora de Valero”. Como era el caso de buena parte de la nobleza titularia hispanoamericana para los 20 y 30, quienes tenían el dinero para los gastos legales se hacían de la causa de recuperar su posición en Europa. Corrían los tiempos de lo que puede llamarse la *petite restauration*: Un *revival* monárquico, inspirado en el poder a inicios de la década de 1920 de Charles Maurras y *l'Action Française* hacía que no fuera infrecuente el deseo del reconocimiento histórico de parte de los postergados nobles americanos que vivían en repúblicas. Las mujeres contaban con un historiador erudito en la casa que, además, tenía título de abogado. Podrían finalmente darse el gusto de ser llamadas “marquesas” en los hoteles de Biarritz y San Sebastián, sus lugares favoritos; la espera sería algo larga, hasta 1922 y 1923. Riva-Agüero manejaba como historiador y ahora también como genealogista las pruebas de los derechos de nobleza de sus mujeres. Para el efecto, desde 1918, antes del viaje, ya habían contratado en Madrid (desde Lima) al abogado español Ignacio Corujo, en calidad de “procurador”, como puede constatarse en *Carta a César Morelli del 6 de noviembre de 1929 (IRA XIX 669)*, para encargarse de la sucesión titularia de su madre y tía. Esto da un indicio cierto de que la idea de emigrar a España no es necesariamente la consecuencia del golpe de Augusto Leguía. La búsqueda genealógica, que había llevado a investigar los antecedentes españoles del Inca Garcilaso y lo vincularía finalmente en intensa amistad con Saltillo había devenido ahora en una recuperación de

su propia identidad monárquica y española. ¿No sería ya desde antes de 1919 el entorno de Cerralbo y Saltillo, el tradicionalismo y el monarquismo, su entorno? La hipótesis cuadra con la devoción por Menéndez y Pelayo, por cierto.

Un asunto con Unamuno

Entre 1919 y 1921 la sociedad noble de España le abrió las puertas a Riva-Agüero, aunque, como ya sabemos, la élite de escritores, literatos e historiadores de la España cantábrica le fue algo más reticente. La nobleza era cosa que se arreglaba con la mediación de las señoras y los primos, pero Riva-Agüero deseaba renovar en el exilio español la vida académica limeña a la que había renunciado por Leguía. Al parecer, Riva-Agüero sin duda enterado de las actividades de la Biblioteca Menéndez Pelayo y de la Sociedad- simplemente se apareció en Santander, con la esperanza de ser recibido como en Madrid. No tenía allí contacto previo con nadie, salvo virtualmente, leyendo, por los libros de Menéndez Pelayo. Podía contar con el detalle de que ya para esa fecha era miembro de la Real Academia de la Lengua Española, en lo que sin duda la cercanía de Palma y Unamuno algo habrían significado (cf. IRA XIV 1281-1282). La táctica corriente de Riva-Agüero para abrirse un espacio social era dar comidas, ofrecer banquetes, invitar a sus normalmente lujosísimos hoteles a tomar el té y pasar la tarde. Posiblemente, así adquirió la simpatía ya que no la amistad de Luis de Escalante, escritor menor que una década después sería director de la Sociedad y que era uno de sus fundadores. No le valdría de mucho en el asunto de Santander. Mejor suerte le cupo con José María de Cossío, cuya casa sería estación de paso y con quien mantendría una relación simpática toda la vida. En realidad al principio la esperanza de ser aceptado no debía ser muy grande, pues antes hubo de precaverse con la bendición académica del universalmente reconocido Rector de la Universidad de Salamanca, Unamuno. Pero, ¿no era ese mismo liberal a quien había largo ha dejado de escribirle? Circunstancialmente, podía perdonarle sus diatribas

contra Menéndez Pelayo. Su bendición era necesaria en Santander. Montealegre, pues, camino de la Montaña, pasó antes a la Salamanca de Unamuno, por el liberal.

Unamuno era consciente de que para 1919 hacía ya largo de que la relación con Riva-Agüero había dejado de ser amistad. Tal vez por compromiso con Palma, no guardó sin embargo mayor incomodidad por la interrupción de la correspondencia entre ambos desde comienzos de la década de 1910. Después de todo, Menéndez llevaba años de sepultado. Al contrario, como Montealegre sospechaba, iba a ser allí muy bien recibido como discípulo y amigo de Palma que era, entonces para su fortuna- aún vivo. A su madre y tía no podía sin más involucrarlas con estos periplos. A ver a Unamuno irían, claro está, los tres juntos. Aunque el pensador salmantino le abrió a Montealegre el ambiente académico de la ciudad, ya sabemos que el frecuentador de Vásquez de Mella y Cerralbo no iba a estar muy interesado en lo que Unamuno tenía que presentarle. Nada obtuvo de la reunión con Unamuno, efímera y sin resonancia. Podemos exceptuar la amistad remota de Mariano de Santiago Cividades. Habría de agradecerle a Unamuno su incorporación a la Real Academia del año anterior, sin duda, pero nada más, de allí que esta visita no se repitiera nunca nunca más. Ya conocemos la historia de Santander: De muy poca cosa sirvió la bendición liberal de Unamuno para los trámites en la tradicionalista Sociedad de Menéndez y Pelayo. Era de esperarse.

Para el invierno de 1921, antes de la impresión de su libro de genealogía, visiblemente fastidiado con Santander, e incapaz de lograr nada respecto de los títulos familiares con el procurador Corujo, Riva-Agüero se fue a París. Por *Carta de Carlos Concha del 6 de agosto de 1921* sabemos que fue exactamente al “Hotel Wagram, 208 rue de Rivoli” (IRA XIV, 707). Recién allí se enteró de que era ya miembro de la Sociedad de Menéndez y Pelayo, por carta formal de Eduardo de Huidobro (cf. IRA XVII 229). Dado el retraso del reconocimiento, no nos sorprenda el que se lo trate entonces de “socio benemérito”. Su libro, finalmente, había triunfado. Las estadías en España

(y en general en Europa) después de 1922 fueron bastante irregulares, sin duda por las exigencias de su madre; apenas ésta murió, Riva-Agüero dejó de cambiar su lugar de residencia. De hecho, muerta la madre en Roma en 1926, el flamante Marqués de Montealegre de Aulestia permanece allí sin novedad convocando misas y rosarios, oficialmente convertido al ultramontanismo. En el invierno de 1929 fue invitado al Congreso Histórico de Barcelona; tenía otra invitación conexas para el Congreso de Americanistas de Sevilla para la estación siguiente.

La estancia de 1929-1930

En 1929 Riva-Agüero era ya el IV Marqués de Montealegre. Había heredado el título de su madre Doña Mercedes de Osma en 1926. Luego del fracaso de Santander, Montealegre se alejó virtualmente de toda actividad académica y política, con una estancia prolongada en Roma, desde 1922 en adelante. Pero en 1929 fue un año feliz para estimular un regreso a la academia. En el Perú se le reintegró su posición (formal) como catedrático de Historia en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y fue invitado al Congreso de Americanistas de Barcelona de fines de ese año. Meses después sucedería lo propio en Sevilla, que es el viaje fundamental de Montealegre para efectos de su biografía española. Sobre los antiguos contactos se agrega un numeroso e interesante repertorio de relaciones con intelectuales reaccionarios, a quienes muy pronto el tránsito de la historia asociaría con los nobles españoles y los amigos santanderinos. En Andalucía conoce o intensifica el trato con un personaje central en la vida política del marqués. Una personalidad del futuro régimen de la contrarrevolución de Francisco Franco: Manuel Halcón Villalón-Daoiz. Este Halcón era un novelista menor y periodista sevillano, por quien Montealegre tomaría gran aprecio. Es conmovedor descubrir una cierta cercanía intachable con la hermana de éste, Aurora, que hace migas con la tía Rosa Julia de Osma, para entonces ya Marquesa de Casa-Dávila. Los Halcón-Vidalón no eran tradicionalistas, ni maurrasianos. ¿Qué eran entonces? Un nuevo ingrediente se agrega a

los contactos del marqués. Los Halcón eran en realidad fascistas españoles. No es muy curioso descubrir a Halcón dirigiendo entonces algo más adelante la revista *Vértice*, hacia 1939-1940, donde se preconizaba el nacionalismo como ideología universal. En 1936 estalló la rebelión popular contra la República y *Vértice*, la revista de Halcón, sería uno de sus órganos de difusión. Figuras de Mussolini y Hitler. ¿Podemos sospechar la confluencia de los admiradores de Menéndez Pelayo, la influencia de Artigas y Saltillo, en una red más compleja de contactos reaccionarios? Los maurrasianos santanderinos no serían ellos mismos cercanos a *Vértice*. *Vértice* quemaba. Riva-Agüero no se quemaría escribiendo allí.

El Congreso de Americanistas de Sevilla de 1930 sorprendió a Montealegre con dos ponencias. El detalle de estos textos no es tan relevante, pero se trata fundamentalmente de la reconstrucción de historias eclesiásticas del siglo XVII cuyas fuentes con toda probabilidad leyó en su juventud universitaria en la Biblioteca Nacional regentada por Ricardo Palma. Una memoria extraordinaria la del marqués, pues la biblioteca estaba ahora lejos y Palma ya llevaba casi una década de muerto. Historia religiosa: Desde su conversión a raíz de la muerte de la Marquesa de Montealegre, se trataría de un tópico favorito. Riva-Agüero vincularía desde entonces las historias eclesiásticas dentro de un campo más amplio de historia política, y es en calidad de tal que recogería estas ponencias en una compilación que nos interesa por su naturaleza plenamente española. Nos referimos a *Por la Verdad, la Tradición y la Patria*, impreso en Lima en dos tomos, entre 1937 y 1938. La portada en cartón de los volúmenes ostentaba el símbolo de la España de Franco. Para la fecha de los Congresos de Barcelona y Sevilla puede situarse su amistad al parecer, bastante profunda- con el famoso historiador Antonio Ballesteros Beretta y su esposa, la también historiadora colombiana Mercedes Gaibrois, ambos (aunque más la esposa, una donosiana) futuros entusiastas del proceso reaccionario de Franco. Se abre un nuevo circuito de relaciones relevantes en la historia cruzada del nacionalismo español humanista y el integrismo hispánico que, a su paso por la vida, iría consolidando nuestro marqués. Esto merece párrafo aparte.

Antonio Ballesteros era, para su tiempo, un historiador relativamente notable. Precoz como Montealegre, se había dedicado, además, a un tópico que era del interés temprano de nuestro marqués: la metodología en historia. Era el tema central en la tesis de Montealegre de 1910. La justamente famosa tesis de historiografía peruana de Montealegre debía gestar una mutua simpatía para ambos, lectores de Theodor Mommsen. Aunque es seguro que Riva-Agüero no conocía a Ballesteros antes de 1929 no es imposible que hubiera tenido noticias previas de él, en particular por su vínculo recíproco con el historiador de la literatura y políglota Padre Julio Cejador y Frauca, maestro de Ballesteros a quien ya citamos de la segunda estancia. Podemos imaginar ahora a la familia Ballesteros conociendo y tratando en la Sevilla del Congreso de Americanistas, en la Sevilla de la Plaza de España y el Parque de María Luisa d Orléans al fino Montealegre, entonces acompañado de su tía, la Marquesa de Casa-Dávila. “La simpatiquísima Aurora Halcón” (IRA XIII, 815), ya sabemos, la hermana de Manuel Halcón-Villalón, el futuro cerebro de *Vértice*, estaba allí esperanzada de conseguir emparentar con el entonces famoso Marqués de Montealegre. Se añaden allí la opulenta Condesa de Lebrija (¿amiga de su madre?) y un sobrino suyo, el Conde de Bustillo, entre otros nobles.

Es interesante recordar aquí que la nueva red de Sevilla no era extraña a Saltillo. Por el contrario. Saltillo tenía toda una red de contactos familiares y académicos en Sevilla y en general en Andalucía, que incluía a los nuevos amigos de 1929. Contemporáneos suyos, como Saltillo y Artigas, es natural que la amistad de los Ballesteros fuera más fácil de conservar. Es también ocasión de trato con la esposa historiadora y el hijo, Antonio Ballesteros Gaibrois, joven promesa de la historia entonces; la amistad con los Ballesteros se acentuaría hacia la Guerra Civil, como fue el caso con tibios conservadores quienes, de una u otra forma, comenzaron a recibir trato amargo de parte de los republicanos. De las fechas de acercamiento a Ballesteros Beretta y familia son algunos contactos menores, como el historiador José Bárcenas, de la Academia de Historia de Granada. El saldo académico de los viajes a Sevilla y Barcelona sería altamente positivo. La Academia de Historia de

Granada lo incorpora como miembro; es nombrado catedrático de la Sociedad Barcelonesa, la Academia de la Historia Particular de Madrid acoge sus obras. En 1930 es nombrado académico correspondiente en Roma de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Víctor Castañeda, historiador a quien conociera en esta última ciudad sería uno de los gestores de una “incorporación” en 1938 a la Real Academia de Historia; como era la segunda, requería de justificación, esta vez en calidad de militante en la causa de “nuestro glorioso caudillo” (cf. IRA XIV 312).

Acción Española y el “Discurso de la Recoleta”

Riva-Agüero terminó su tercera estancia española bastante mal. En realidad, sus planes eran establecerse en Roma, donde incluso tenía previsto llevar su vajilla y platería desde Lima. Pero 1930 fue un año crucial. De un lado, la tragedia familiar, del otro, el Apocalipsis. Los parientes más cercanos de Montealegre, su tía la Marquesa de Casa Dávila muere sorpresivamente a inicios de año, para ser sucedida por el hermano de su padre, emigrado en París. Una inmensa herencia qué recoger, muy lejos de Italia y España, en la tierra de los Incas. De otro lado, las profecías sobre el fin de los tiempos tenían lugar en la crisis económica mundial, que afectaba también la herencia, tan pronto en sus manos, y el mundo se poblaba al tiempo de nuevas revoluciones y conflictos. Montealegre comenzó a ver menguada su fortuna, pues se dio el *crack* económico de 1929, que pronto provocaría también la caída de su odiado presidente Augusto Leguía. Pero éstas son sólo algunas circunstancias. Como sabemos, en 1931 el Rey Don Alfonso abdicó y se fue a Francia. Fue uno de los momentos más desoladores para Riva-Agüero, cuya ilusión se había fiado de la Europa maurrasiana. Las Cortes proclamaron la República. Madrid, de opulenta organizadora de los congresos de historia, pasó a ser la agitada comuna de las izquierdas que quemaban conventos, un lugar peligroso para condes, rentistas y marquesas galantes. La salida de Riva-Agüero era también el momento para la reacción.

Mientras Montealegre regresaba a Lima, sus contactos más caros alistaban la contrarrevolución española. Una mezcla de maurrasianismo y tradicionalismo, pero también, ante el *Apocalipsis* de la crisis económica y la ebullición revolucionaria, el momento del fascismo. Sus amigos Miguel Herrero-García y los marqueses Saltillo, Lozoya, Vallellano, el segundo de Valdeiglesias y Quintanar se aliaron en un intento de golpe de Estado, que justificaron veladamente desde la recién fundada revista *Acción Española*³. Es obvio que la revista es la contrapartida de *l'Action Française* de Maurras. En 1931 Herrero-García fundaba la Sociedad de Amigos de Menéndez Pelayo; una sociedad paralela a la de Artigas cuya función era respaldar con una bendición académica y la imagen del autor de la *Historia de los heterodoxos* la nueva publicación. Es bueno aclarar que esta Sociedad estaba formada por personajes que, junto con Donoso Cortés, harían de Menéndez Pelayo el inspirador ideológico de la reacción contra la República (cf. González 1998; Ansón, 1969). Montealegre seguiría desde entonces (y desde Lima) muy de cerca la revista y el movimiento que representada. Detengámonos un momento es *Acción Española*.

“Acción Española” no era sólo una revista: Era también un movimiento. No debe sorprendernos reconocer el bloque de los amigos de Santander como parte el núcleo de Acción Española, una inspiración francesa, sospechosamente gala, que sugiere en los españoles seguidores de Menéndez y Pelayo la influencia de un amigo francoparlante, de un adherente más temprano y más experto en asuntos maurrasianos. Para los montañeses convertidos al maurrasianismo cabe pensar sin mucha hesitación en la influencia del marqués peruano. *Acción Española* no era sólo una revista de Miguel Herrero-García; en realidad era un proyecto político, la transposición del pensamiento y la práctica política monárquica de la entonces poderosa *l'Action Française* (cf. Badía 1992; González 1998). Al participar de la Acción Española Herrero-García y los marqueses amigos se unieron como colaboradores de Eugenio Vegas Latapié, el jefe ideológico de la derecha

³ Cf. *Acción Española* (Madrid), del 15 de diciembre de 1931, t. I, número 1.

maurrasiana ibérica. Estaba allí involucrado el Marqués de las Marismas del Guadalquivir, que resultó amigo de Vegas Latapié -pero también de Saltillo- y a cuyo padre, Marqués de Valdeiglesias, Montealegre había conocido en el entorno de Cerralbo. Es bueno recordar que Vegas Latapié sería uno de los artífices, durante la ya vecina Guerra Civil, de la unión de las derechas españolas con el esquema de liderazgo fascista (cf. Morodo 1988). Acción Española concentrada y daba cuerpo a una contrarrevolución cuya teoría y cuya práctica se habían fusionado en la biografía española del Marqués de Montealegre. Volvamos a los maurrasianos de 1932.

Los maurrasianos españoles eran también donosianos, como Riva-Agüero. Éstos diagnosticaron el inicio de la II República como un Estado de Excepción que justificaba la rebelión legítima. El lector avieso reconoce las ideas del Donoso Cortés sobre la dictadura. Vemos en acción las ideas del país de “curas y toreros” lo que estaba en juego, que ahora ingresaban suavemente en un cuerpo de prácticas políticas modernizadas con una impronta maurrasiana, esto es, con ideas aceptadas por Riva-Agüero desde su vida universitaria en Lima, desde *Concepto del Derecho* de 1912. Pues bien: hacia la época del *Discurso de la Recoleta* las ideas donosianas se hicieron populares entre los reaccionarios de los diversos frentes para deslegitimar la República y alentar la subversión. Sus amigos los nobles españoles leían apresuradamente a Maurras, la simpatía francesa de su juventud oculta. Ser reaccionario adquiriría nacionalidad española plena en 1934 gracias a la publicación de *Defensa de la Hispanidad*, de Ramiro de Maetzu (1875-1936), que en estas circunstancias debía interpretarse como la traducción de las ideas de Maurras al contexto español. Y es precisamente éste el contexto español de la obra política e ideológica más importante de nuestro marqués: el *Discurso de la Recoleta* de 1932 (Riva-Agüero 1932).

El *Discurso* es la obra más relevante del pensamiento político de Riva-Agüero y uno de los discursos políticos decisivos de la historia política peruana del siglo XX. Apenas ocho páginas de historia intelectual que remata en una exaltación del catolicismo. En apariencia, un alegato de

“ultramontanismo” religioso. Pero la historia española que venimos narrando nos hace sospechar otra cosa. El *Discurso* en la escasa historiografía sobre Montealegre es conocido como el documento “doctrinario” de Montealegre, y la tradición de la historiografía política (con certeza por falta de reconocimiento de su contexto) lo coloca como el paso a una “segunda etapa” en la vida del marqués. Una etapa que la historiografía signa con el sello del ultramontanismo y su opción por la teología política como lectura contra la modernidad. Como vamos a ver, se trata de un asunto que debe ser esclarecido por el contexto que hemos planteado. El significado del *Discurso* está en realidad bastante más ligado a la lucha contra la República Española. Hay que leer entre líneas: es la lectura del *Apocalipsis* político de la crisis universal de 1930.

Montealegre dictó el *Discurso* con ocasión del banquete de ex alumnos del Colegio francés de La Recoleta de Lima, donde había estudiado allí en su niñez. Un lugar donde había leído a Juan Donoso Cortés y a Joseph de Maistre. Ahora bien. Si seguimos la secuencia biográfica de los contactos españoles, poco es lo que queda en el *Discurso* de “ultramontanismo”. Es evidente que se trataba de ofrecer un apoyo público a la reacción que, como Acción Española, revestía para los maurrasianos el significado de un evento universal contra la modernidad. Era también un espaldarazo a los conspiradores de la nobleza, a los tradicionalistas que luchaban contra el gobierno de la República Española. Era la adhesión explícita al nacionalismo europeo que representaban las instituciones maurrasianas. Para 1932 Montealegre había dejado de ser Alcalde de Lima el año anterior, y era ya una figura pública peruana consagrada. El *Discurso*, pues, tenía su sentido y su plenitud en España. Era el *Discurso* de un gran político peruano, y no sólo el discurso de un erudito. Por ello no debe extrañarnos que fuera en España (y no en Lima) donde sería impreso y reimpresso innumerables veces entre 1932 y 1933: Era éste su destinatario: el tradicionalismo y el maurrasianismo de España. Hay un *impasse* interesante respecto de esto

último: el Santo Padre no veía con confianza al maurrasianismo positivista. Era un problema hacer prácticas maurrasianas y liarlas con activistas católicos, y Montealegre lo sabía.

Para 1932 *l'Action Française* estaba interdicta por el Papa. Esta situación adversa continuaría hasta 1937, tal vez ya demasiado tarde (cf. Giocanti 225 y ss.): Esto explica que, aunque fueran sus destinatarios, el texto del *Discurso* se cuidara de no mencionar ni a la central francesa ni a la sucursal española, que podían acarrear reproches de los católicos recoletanos o españoles. Pero era evidente qué y a quién respaldaba Riva-Agüero. Montealegre sería expresamente invitado poco después, en 1936 por Maetzu en persona a colaborar sobre política con la revista de Saltillo, Lozoya y Quintanar, pero Montealegre, fiel al Papa, dio largas. Estaba prohibido por Roma. En lugar de eso, tenemos el fervor exaltado del documento de 1932, una atmósfera textual ultramontana que habría de ser decisiva. El énfasis teológico, después de todo, era suyo. Hay que leer entre líneas. El lenguaje teológico era la distancia pública de un maurrasianismo español que el marqués practicaba activamente en secreto, a través de los mentados, Saltillo y Lozoya. Más que confesión honesta, el *Discurso* se trata de un énfasis estratégico, encubridor, encubridor de la dimensión a la vez española, maurrasiana y por tanto, también laica- de sus verdaderos receptores, que eran los golpistas monárquicos españoles al estilo de Eugenio Vegas Latapié, el Marqués de Quintanar o Ramiro de Maetzu.

En Lima el *Discurso* de 1932 sonaba desfasado y sinsentido. No era para menos: su contexto estaba en España. Eso explica que fuera impreso casi inmediatamente por una revista dirigida por José María Pemán, conspicuo miembro de Acción Española y amigo de Saltillo (cf. IRA XVIII 217) y luego en Madrid, ya como folleto (Riva-Agüero 1932) -¿no estaba escrito en realidad para España?-. Se explica igualmente que circulase con gran rapidez en el entorno de la nobleza y la aristocracia peruanas con residencia en Europa. A Montealegre debía importarle poco el desdén o la incomprensión de la gente de Lima. Mientras le ía el *Discurso*, sin duda, divagaba su mente

entre Madrid y Santander, que no tanto por Lima. Pensaría en la lucha reaccionaria de Herrero-García, en los ideales del segundo Marqués Valdeiglesias, en la Acción Española, en las empresas políticas de los marqueses de Quintanar y Lozoya, en los amigos de la Sociedad Menéndez Pelayo, la simpatía de Artigas, entonces ya amigo entrañable y parte del circuito santanderino de 1921, pero, sobre todo, otro reaccionario más; pensaba tal vez en la bendición de los más recientes Manuel Halcón y Antonio Ballesteros y la, por supuesto, infinita gratitud de su mejor amigo, el Marqués del Saltillo. Tenía el recuerdo de la “simpatiquísima Aurora Halcón”, presta además a casarse con él. Estaba Menéndez Pelayo, su “maestro predilecto”, el mismo a quien sus amigos (y él, por tanto) consideraban, junto a Donoso, el ideólogo de la resistencia nacional y monárquica contra la república homogenizadora y atea. Artigas se ocupaba, a la vez que de prologar la reimpresión de la obra de Montealegre de 1931, de hacer lo propio, en igual periodo, para las de Menéndez y Pelayo.

1933: Suscrito a Renovación Española

Aunque hoy parezca una pequeñez histórica, es significativo que Montealegre, a lo largo de la década de 1930, y mientras vivía en Lima, se hiciera finalmente parte del proceso de Acción Española. Es absolutamente increíble que nadie haya subrayado jamás este episodio de su vida que, curiosamente, coincide con su más intenso activismo nacionalista peruano que, por razones de espacio, nos abstendremos de tratar. Observemos: el periodo que abarca su nombramiento como alcalde de Lima, activista nacionalista y ministro coincide con su mayor cercanía con el proceso español (1931-1936). Acción Española se consolidó como movimiento político hacia 1933 por razones electorales, con la fusión formal de un grupo de representantes de las diversas ramas del tradicionalismo y los maurrasianos. Era la respuesta social antirrepublicana cuyas posturas se iban radicalizando conforme se acentuaban las políticas socialistas de la II República, en particular la idea de reforma agraria, que colocaba en la ruina a los sectores de la nobleza

española provinciana. La fusión de Acción Española dio lugar después al movimiento Renovación Española, cuya cabeza visible era el escritor conservador Antonio Goicochea y Cosculluela. No debería sorprendernos en absoluto que este personaje fuera, para variar, otro amigo del Marqués del Saltillo. Goicochea (1876-1953) para la década de 1930 había sido ya largos años funcionario del Reino, electo bajo Alfonso XIII primero como diputado en Cortes por el Partido Conservador, luego como miembro del Senado con el régimen de Primo de Rivera. No era ni tradicionalista ni maurrasiano pero, ante los excesos de la República, aceptó la agenda común de ambos grupos: el monarquismo, bajo cuya bandera participaría en los congresos de la efímera República Española en 1933 y 1936.

Montealegre supo de las ideas de Goicochea desde que eran mero proyecto, por medio de Saltillo. En realidad éste ya venía informando desde 1931 de las diversas actividades de las derechas españolas de su entorno por un familiar de Saltillo amigo de Goicochea, y le participaba con entusiasmo de las actividades de las Juventudes Tradicionalistas de Madrid. Para 1933 Goicochea hizo un llamamiento electoral con el programa de liderazgo fascista preconizado por Acción Española, que rápidamente firmaron los intelectuales Sainz Rodríguez y Maetzu, pero también los nobles amigos de Montealegre: Quintanar, Valdeiglesias y Saltillo. Como Montealegre tenía contacto con todos estos personajes a la vez, no es de extrañar que Saltillo le mandara a Lima una copia del acta de adhesión que Goicochea había redactado. Escribió Montealegre a Saltillo en su *Carta al Marqués del Saltillo del 21 de marzo de 1933*: “Te envío, con mucho gusto, firmando con ellos (unos libros) el magnífico documento político a Goicochea una vez más” (IRA XVIII 236). Sin duda “una vez más” puede indicar más de dos. Si se observa el acto en función del *Discurso* de 1932, es fácil notar de cuál de los bandos se hacía públicamente eco Montealegre; no de los maurrasianos, de quienes había tenido el cuidado de mostrarse aparte (*malgré* su admiración por Maurras), ni de los fascistas, que es en lo que habían devenido otros firmantes, como el propio Goicochea, sino de los tradicionalistas monárquicos, como era el caso de su amigo Saltillo, Lozoya y los otros nobles de su edad.

La cuarta estancia: “¡Arriba España! ¡Viva España!”

Desde 1936 la actitud política (y la retórica ideológica) del marqués, que vimos ya terrible en el *Discurso* de 1932, un espaldarazo a la Acción Española, se endurece. En parte por su fracaso activista en Lima, pues le fue muy mal como ministro, así como en otros planes políticos peruanos. El pensador, que aún se daba tiempo para publicar discursos y obras menores, deviene entonces un activista de la reacción universal. El ritmo de sus pasos, sin embargo, va a la urgencia de Santander. El marqués comienza a utilizar sus contactos sociales y diplomáticos para articular desde Lima un frente de derechas en alianza con sus “primos” hispánicos. En 1935 había dedicado a sus parientes españoles el estudio *Nicolás de Ribera el Viejo y su posteridad* (Riva-Agüero, 1935): un símbolo político. Por lo demás, hacia 1936 algunos de esos mismos parientes y sus amistades comienzan a morir asesinados, ir presos o ser torturados por la República. Urgía la acción, sin duda, la reacción peruana. Ya los libros de genealogía no eran bastante, y los discursos recoletanos parecían poca cosa. El marqués funda en Lima la “Acción Patriótica” (ya sabemos análoga de qué), que participa de manera desgraciada en un proceso electoral del año de su fundación, que es también el de su deceso. Usa entonces el Club Nacional de Lima, una suerte apagada de club de la nobleza, como centro de operaciones internacionales. En 1936 la Guerra Civil Española. Ese mismo año Maetzu fue asesinado por una turba jacobina en Madrid; al siguiente pasaría igual suerte Francisco González Camino, su amigo santanderino, preso un año antes en Bilbao. Desde el número 9 de la revista *Vértice*, de la Falange Tradicionalista, el hermano de la simpatiquísima Aurora Halcón fungía de director. Por su parte, Riva-Agüero recaudaba personalmente dinero para el bando nacional y se afanaba dando comidas para los aliados, los embajadores de Sus Majestades el Emperador de Japón y el Rey de Italia; convida el 6 de agosto de 1938 espléndidamente al agregado de Hitler por la intervención de la aviación alemana contra los republicanos españoles.

1936-1940 configura una secuencia cuyo motivo es la Guerra Civil Española y a ésta obedecen tanto Acción Patriótica como las movidas internacionales de Lima. El 16 de junio de 1938 su contexto es más que manifiesto: Riva-Agüero le abre las puertas del exclusivo Club Nacional de Lima a los (más bien modestos de letras) escritores españoles Eugenio Montes y Eduardo Marquina, a quienes no conocía. Pero Montes y Marquina no venían como académicos, sino en calidad de representantes de la unión de las derechas operada entretanto en 1937 por Franco, que fusionaba a los fascistas de la Falange con los sectores tradicionalistas y maurrasianos vinculados a Saltillo. Eran agentes de la así llamada “Falange Tradicionalista”, con la que todos los personajes aquí citados estaban, además, involucrados (cf. IRA XIV 412). Meses atrás otra comisión española, con el escritor aragonés Ibáñez Martín a la cabeza había ya sido atendida en Lima con esmero parecido. ¿Nuevos amigos? En absoluto. No hay nada nuevo aquí. Los motivos sobran en los testimonios del *Discurso* de Montealegre, casi un artículo para la revista *Acción Española*. Un comensal comenta las palabras de elogio dirigidas a Montes por el marqués: “Como siempre, acertó usted a expresar en forma irreprochable, elocuente y magnífica los votos de todos los hombres de bien que anhelan el triunfo de la Santa Cruzada, donde se juega hoy el porvenir de la humanidad” (IRA XIV 412). Nadie debe sorprenderse de los nombres que habría que asociar a la obra de propaganda política de Montes: José María Pemán y Pilar Primo de Rivera. El primero era un miembro de Acción Española, esto es, traducido al lenguaje biográfico de los contactos españoles de Montealegre, parte de la red política maurrasiana de Saltillo. En fin. Comidas, banquetes: Tácticas para extender lazos sociales que hemos visto usar antes en Madrid y Santander, esta vez al servicio de la causa de sus amigos santanderinos y su apoyo a la restauración monárquica.

Como vemos, para 1938 Montealegre llevaba de vivir más de un lustro de una intensísima agitación política en cuya atmósfera en gran medida él mismo había participado como gestor, un detalle extraordinario que nunca ha sido subrayado (hasta parece que ha sido omitido adrede) por la

historiografía especializada. Desde 1931 nuestro marqués estaba metido de cabeza con los proyectos de sus amistades de las dos estancias anteriores. En 1931 no podía escapársele la fundación de la paralela-Sociedad de Amigos de Menéndez Pelayo, obra de su amigo Herrero-García. Herrero, el socio de Maetzu, Saltillo y Lozoya. El tiempo político se había ido acelerando para inicios de la Guerra Civil, en 1936. Nuestro marqués colaboraba subrepticamente entonces con el propio Maurras, en Francia (cf. Rivera 2008), y en 1935 lo tenemos publicando una carta en favor de Maurras nada menos que en *l'Action Française*, lo que se puede comprobar con la *Carta a Charles Lesca del 9 de febrero de 1935* (IRA XVIII 624). Por esta vez, Montealegre pasó sobre la prohibición del Papa para apoyar al maurrasianismo. Estamos ante el contexto de la cuarta y última de las estancias españolas. La España nacional acordó invitar al filósofo para 1938, como respaldo del régimen de Franco. Montealegre, ya con fama de erudito, Alcalde de Lima y Presidente del Consejo de Ministros, viajaría con el expreso propósito de reforzar la causa del Caudillo de España. Antes de ir a España emprende viaje donde el Emperador del Japón, que lo había invitado a la Corte del Sol Naciente.

En 1938 Montealegre deseaba llegar a Madrid para el invierno, visitar a los amigos en Santander en el verano y pasar la siguiente estación en Sevilla; celebrando ya con Halcón, ya con Saltillo, ya con Ballesteros o Herrero-García. Montealegre era la gran personalidad americana que llegaba a la liberación. Para 1940 Miguel Artigas, largos años secretario de la Sociedad Menéndez y Pelayo, era ya un agente del nuevo régimen; sería en representación de la Falange Española que lo invitaría de nuevo como académico a Santander. Luis de Escalante, con igual prontuario, había sido entretanto presidente de la Sociedad y era ocasión para recordar viejos tiempos, cuando sus folletos de genealogía debían esperar años, en esa misma Santander, para ser leídos. Eran las fechas en que, ante el Año de la Victoria, en 1939, llovían las cartas en cuya parte superior estaba inscrita la triple ovación jubilosa “¡Saludo a Franco!, ¡Arriba España!, ¡Viva España!”.

El retorno del Rey

El Montealegre de 1938 esperaba llegar a una España restauradora, donde el Rey don Alfonso XIII, entonces en el exilio, fuera repuesto en su trono. Antes de llegar a España desde el Japón visitó en Roma tanto al Papa como al Rey, en lo que podemos imaginar algo bastante mayor que un mero acto de cortesía. El soberano había anunciado desde antes de salir de Lima su deseo de conocerlo (IRA XVI 132). La cercanía de Montealegre con el Rey Don Alfonso y la causa monárquica fue un factor decisivo para la posición que mantendría el marqués ante el nuevo gobierno del General Francisco Franco. Es evidente que Riva-Agüero se desilusionó ante el hecho terrible de que la monarquía no fuera restablecida al final de la Guerra Civil, en 1939, razón por la cual no festejó el Desfile Triunfal en la liberación de Madrid. Así de simple: Cuando se produjo el desfile de Madrid Riva-Agüero, que había viajado desde el Japón hasta España para respaldarla, no asistió a la ceremonia. En lugar de eso, se fue a Suiza. Mucho, pues, no nos queda por agregar, camino como iba el *Apocalipsis* a devenir en la noticia del día siguiente, pues la Segunda Gran Guerra estaba en curso y la ansiedad y los nervios traicionarían a la figura del nacionalista peruano. Como monárquico y maurrasiano, Montealegre esperaba después del estado de excepción el regreso del soberano. Inútil espera la suya. Hacia 1940 se encuentra uno con un Montealegre optimista del bando de quienes resultarían siendo los derrotados, tan pronto.

1944. La guerra universal de la reacción estaba por terminar. El liberalismo y el comunismo juntos, y a pesar de lo mucho que tardó Montealegre en aceptarlo, estaban por ganarla. Aún tenemos en el pensamiento el peso de la influencia de Menéndez y Pelayo, su “maestro predilecto”, el símbolo, más que Donoso o Maetzu, del proyecto maurrasiano cuya aventura estaba dando lugar a la España de Franco. Los norteamericanos liberales ya cercaban la Italia y el destino de Occidente era incierto. ¿No estaría en peligro ahora el Santo Padre? ¿Qué harían ahora los nihilistas americanos, los comunistas rusos al ocupar los tesoros de Europa? ¿No estaba en riesgo

tal vez esa “tierra de frailes y toreros”, la patria donde sus primos festejaban jubilosos sus ilusiones? Esperaba Montealegre el Perú desde el destino de España, con el corazón henchido de la condecoración de la Gran Cruz de la Orden imperial del Yugo y las Flechas. Sus ojos se cerraban para siempre al fin, un 25 de octubre de 1944. El que ante Menéndez y Unamuno, optaría por los herederos de Cerralbo, el Maurras peruano, el pensador que inauguró la nacionalidad peruana moría, pues, de muerte española. 

Bibliografía

Ansón, Luis María. *Acción Española*: Zaragoza, 1960.

Badía, Javier. *La revista Acción Española, aproximación histórica y sistematización de contenidos Acción Española*. Pamplona: EUNSA, 1992.

González Cuevas, Pedro. *Acción Española, teología política y nacionalismo autoritario en España, 1913-1936*. Madrid: Tecnos, 1998.

Palacios, Raúl. “El Perú hacia 1885. Año del nacimiento de Riva-Agüero”. *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, 13 (1984-1985): 191-208.

Basadre, Jorge. *Perú: Problema y posibilidad. Ensayo de una síntesis de la evolución histórica del Perú, con algunas reconsideraciones, cuarentaseis años después*. Lima: Fundación Bustamante de la Fuente, 2004 (1931).

Puente, José Agustín de la. “Riva-Agüero y nuestra época”. *Mercurio Peruano*, Año XXIX/ 333 (1954): 20-21.

Compagnon, Antoine. *Les antimodernes. De Joseph de Maistre à Roland Barthes*. Paris: Gallimard, 2005.

García Calderón, Francisco. *José de la Riva-Agüero, recuerdos*. Lima: Santa María, 1949.

Giocanti, Stéphane. *Maurras. Le Chaos et l'ordre*. Paris: Flammarion, 2006.

Giusti, Miguel. "La irrealidad nacional". *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, 18 (1991): 91-106.

Kapsoli, Wilfredo. *Unamuno y el Perú. Epistolario, 1902-1934*. Lima: Universidad Ricardo Palma/Editorial Universitaria, 2002.

Lombardeo, Jorge. "Maetzu y la Hispanidad". *El Basilisco. Revista de filosofía, ciencias humanas, teoría de la ciencia y de la cultura*, 25 (1999): 51-60.

Morodo, Raúl. *Acción Española, orígenes ideológicos del franquismo*. Madrid: Tucur, 1980.

Palma, Ricardo. *Recuerdos de España*. Buenos Aires: J. Peuser, 1903 (1897).

Pacheco, César. "Unamuno y Riva-Agüero: un diálogo desconocido". Pacheco, César. *Ensayos de simpatía sobre ideas y generaciones en el siglo XX*. Lima: Universidad del Pacífico, 1993. 112-222.

———. "Menéndez Pelayo y Riva-Agüero. A propósito de su epistolario". *Boletín del Instituto Riva-Agüero* (Lima), Año III/15 (1958): 9-59.

———. "Prólogo". Riva-Agüero, José de la. *Afirmación del Perú, fragmentos de un ideario*. Lima, PUCP, 1960.

Riva-Agüero, José de la. *Carácter de la literatura del Perú independiente*. Lima: Librería Francesa Científica Galland, 1905.

- . *El Perú histórico y artístico, influencia y descendencia de los montañeses en él*. Santander: Talleres tipográficos Martínez, 1921.
- . *Un discurso notabilísimo del doctor José de la Riva-Agüero y Osma. Conmovedora retractación de un pensador peruano*. Madrid: Huelves y Cía, 1932.
- . *El Primer Alcalde de Lima, Nicolás de Ribera el Viejo y su posteridad*. Lima: Imprenta Gil, 1935.
- . *Obras completas*. Lima: Instituto Riva-Agüero, 1960-2007.
- . “Origen, desarrollo e influencia del Fascismo”. *Revista de la Universidad Católica del Perú*, Tomo V, Año VI/30 (1937): 1-19.
- Rivera, Víctor Samuel. “El autócrata liberal. Riva Agüero y John Stuart Mill”. *Escritura y pensamiento* (Lima), Año CVIII/20 (2006): 23-49.
- . “Traspiés por el Káiser. Charles Maurras y José de la Riva-Agüero”. *Socialismo y Participación* (Lima), 105 (2008): 163-180.
- López, Sinesio. “La Generación de 1905”. Adrianzén, Alberto (Ed.). *Pensamiento político peruano*. Lima: DESCO, 1987. 135-150.
- Tealdo, Alfonso. “Don José de la Riva-Agüero. Una extraordinaria cultura en un espíritu valiente”. *Turismo* (Lima), Año VI/62 (1941): 13-15.